

Número 78 REPUBLICA DE COLOMBIA Septiembre 1.º: 1912

REVISTA
DEL COLEGIO MAYOR
DE
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRESA ELÉCTRICA—168—CALLE 10
MCMXII

REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, 1.º de Septiembre de 1912

ELOGIO DE DON RAFAEL DE POMBO

LEÍDO POR EL ACADÉMICO SEÑOR DON LORENZO MARROQUÍN EN
LA SESIÓN SOLEMNE DE LA ACADEMIA COLOMBIANA
EL 6 DE AGOSTO DE 1912

Una apiñada muchedumbre, en que se confundían las clases sociales y se borraban los lindes políticos, acompañó a RAFAEL DE POMBO a su última morada. La capital de la República quiso manifestar, con inusitada pompa fúnebre, que tributa un homenaje más unánime y espontáneo al arte y la poesía, a la sensibilidad y al pensamiento, que al brillo del oro, al centelleo de la espada, a la lumbrarada política. Y al honrar así de modo tan espléndido y fastuoso a su poeta, refrendó Bogotá en ese día su título de Atenas Suramericana.

En el cementerio, ilustres literatos, oradores eminentes, alzaron a POMBO un túmulo de exquisita gallardía con macizos bloques de ideas, con las filigranas del estilo: Diego Uribe rompió el vaso de alabastro de su inspiración y ungió el cadáver para la sepultura; Gómez Restrepo, con el buril de Benvenuto y el audaz cincel de Miguel Angel, talló en el mármol nuevo de la tumba, guardando el sueño del pontífice del arte, un león apocalíptico.

Las campanadas que anunciaron su muerte se fueron extendiendo, dilatándose en ondas de tristeza hasta los rincones más apartados, y desde ese momento, en un solo arranque, de las ciudades y de las aldeas, se puso en marcha interminable peregrinación de suspiros y pesadumbres, invisible procesión de recuerdos y cariños, a visitar la tumba de Pombo, y llenarla de

CONTENIDO

Elogio de don Rafael de Pombo...	LORENZO MARROQUIN
Un evangelio.....	EDUARDO CASTILLO
Ismael Crespo.....	CIRO MOLINO GARCÉS
En perpetuo silencio.....	ANTONIO DE LA CUESTA Y SAINZ
Hernando Holguín y Caro.	
Nuevos Catedráticos.	
Apuntes sobre la fonética del idioma huave.....	MANUEL JOSÉ CASAS

flores. Su ciudad natal confundió en una sola fiesta dos recuerdos, dos solemnidades, dos pompas: la una de gloria, la otra de luto: el nacimiento de Colombia y la muerte de su hijo predilecto.

POMBO legó a su patria la corona que la admiración popular puso sobre su frente; y en esa noche memorable, la oratoria, la poesía y la música, en trinidad simbólica, recogieron la herencia y llevaron en triunfo la corona, a la cuna de la República.

Fue una trinidad simbólica acompañada de damas, que asistieron a la solemnidad, de oficio, ya como organizadoras de la fiesta, ya como representantes de la dama desconocida, de la mujer ideal, de la divina Beatriz, inspiración y guía a quien ha levantado el poeta laureado, cantos de pureza virginal y de infinita dulzura.

Oh Beatrice dulce guida e cara!

Para honrar a POMBO se han unido las ciudades y las aldeas, se han confundido los sexos y las edades, se han enlazado los tiempos; el pasado le decretó laureles y la posteridad ratificó el fallo, dictó la ardua sentencia.

Porque POMBO es el poeta eminentemente nacional, amigo, compañero y confidente de cada uno de los colombianos, que golpeó a todas las puertas, entró a todas las mansiones, y tuvo su puesto favorito en todos los hogares; para tomar asiento, no en el mullido sillón o en el humilde entarimado, sino en el alma misma de los dueños de casa; e instalado allí, fue intérprete de sus sentimientos, vocero del corazón, pregonero del alma. Con mano diestra y segura desenmarañó la intrincada madeja de nuestros anhelos, encontró la expresión por que luchábamos en vano; descifró el enigma de nuestros pensamientos; con palabra precisa y neta sacó a luz el sentimiento misterioso que llevábamos escondido en el hondo del pecho, en las entretelas del corazón, en lo profundo de las entrañas.

Fue intermediario de enamorados, y mensajero de amantes, completó la palabra trunca y el balbuciente cuchicheo; tomó del brazo a las falaces neoyorquinas, cerró los ojos de la pobre despechada, bailó con las ñapangas, lloró con la viuda, veló el cadáver de la virgen, enjugó en la frente del herrero el sudor, y

en sus ojos la lágrima furtiva, cantó los héroes, retozó con los niños, confortó a los viejos mostrándoles el cielo.

Penetró en el alma de los hombres y en el alma de las cosas. Pudo escuchar el concierto inmortal del silencio, los preludios de la primavera, sorprendió el guiño cariñoso de los luceros, el triscar de auras y céfiros, los coqueteos de la luz; encontró flores en las ruinas y oro en el cieno, comprendió el sentido de las fragancias y de los acordes, encontró el símbolo de las noches estrelladas, supo lo que dice el estrépito del mar, el gorjeo de las aves, el mugir del Cauca, el trueno del Niágara; reclinado en el corazón de la naturaleza, oyó sus palpitaciones y la naturaleza le contó sus secretos.

Y para componer el néctar con que nos paladea, para hacer el almibar con que regala el gusto, toma la miel de sus estrofas, de la vegetación de todos los campos y del cáliz de todas las flores: del valle de Arcadia y de la campiña romana de Mantua y de Venozza, de las riberas del Cauca y de las márgenes del Funza; de los invernaderos y de los bosques, de la presuntuosa azalea y de la campánula salvaje, del cactus de las rocas y de las azucenas de los jardines.

Porque POMBO extrajo lo mejor del verso y lo mejor de la prosa, bebió en el cáliz del lenguaje libre, y en el cáliz de la poesía, chupó los clásicos panales; de la flor del realismo y de la flor del romanticismo sacó mieles.

Exige el verso un lenguaje de selección aristocrático y distinguido, magnífico y soberbio; que inflame, que incendie, que arrebate. Dicción poética de virtud fascinante que domine y venza al primer ímpetu; que levante el alma de la tierra y la mantenga en las alturas sin vacilar y sin caer. Un carro de Eneas flotante entre el cielo y el abismo a que el poeta pueda confiar sin temor su espíritu. Alas de mariposa que rasando la tierra no dejen manchar con el lodo de la palabra el armiño del pensamiento; idioma inmaterial que lo lleve y transmita de mente a mente, de corazón a corazón, sin dejarle perder nada de su prístina frescura. Algo como la elocuencia de la naturaleza, que habla con el espectáculo, domina con el gesto, fascina con el ademán, subyuga con el ceño; y que va vistiendo el alma humana de sus coloraciones, reflejando en ella la alegría de los cielos, la sonrisa del campo, el espanto del mar. Algo como la

frase de la música, que enlaza las almas estrechamente, que las hace vibrar al unísono, que despierta y comunica la emoción viva, palpitante, poderosa, con sus delicadezas impalpables, sus espléndidas grandezas, sin que sufra en el viaje de formación ni apocamiento.

Por eso el poeta va siempre subiendo, trepando una cuesta, escalando una altura; y su paso, atajado por obstáculos y dificultades, es corto, vacilante, inseguro. Se detiene, reposa, vuelve a emprender la trabajosa marcha. ¡Cuánta diferencia entre lo que se siente y lo que se dice! ¡Qué abismo entre la expresión y el pensamiento! Al darle claridad se achica, al esfumar sus contornos se desvanece, al encerrarlo en un mínimo de palabras, se hace el verso duro y rastrero. El aire libre ha rajado la campana que con tanta claridad repicaba en la fantasía, la inspiración al salir del nido se ha desplomado con las alas rotas.

Se notan en la composición los tropiezos de la marcha, la brevedad del paso, el jadeo de la ascensión; las pausas del descanso.

La prosa corre por la llanura, acarreado la idea, el razonamiento, la reflexión, sin escarpas ni escalones. Su paso tiene que ser desembarazado y suelto, se adelanta y se mueve, sin las ligaduras de la cadencia, ni las cadenas de la rima. No se le piden ni la nobleza y exquisiteces de la dicción, ni vapores de ensueño, ni el vuelo en el espacio, ni delicadas melodías. Pero en cambio se le exigen torrentes de luz, la seguridad y la firmeza, una música viril, grandes masas armónicas. Debe tener la fluidez del agua, la claridad del sol, la solidez de las montañas. **POMBO** hace la eterna ascensión al Parnaso, con el andar amplio, firme y rápido de la llanura, con la majestad y sosiego del Magdalena; de su fantasía tienden el vuelo enjambres de águilas y de condores, abarcando en cada aletazo los continentes, devorando el espacio, llevando como peso ligero la reflexión y la imaginación, la razón y el apasionamiento.

Pone en sus estrofas la dulzura de la rima y del número, y la energía de la prosa; une, como Verdi, la melodía sencilla a grandiosas armonías; sus versos tienen diafanidad de cristal y bullente color de flores, la vaguedad del ensueño y la claridad del sol, lo vaporoso del éter y la solidez de las montañas.

Sus composiciones son palacios de granito, montados sobre el arcoiris. Catedrales con encajes de piedra, columnas de luz y pavimento de jardines.

Para dar al estilo originalidad y relieve, enlaza **POMBO** el lenguaje de alta alcornia, con el humilde y popular, hace codear el frac con la chaqueta; al ramillete de invernáculo enreda, bellísima, jazmín de malabar, florecillas de poleo, y encanta con la rareza del conjunto, embriaga con la intensidad de fragancias nuevas, extrañas, desconocidas. Y de esta suerte es dado a **POMBO** usar del inmenso vocabulario de nuestra lengua, así de la palabra que se oxida entre pergaminos, como de la que vive en los labios; gasta el tesoro entero del idioma, empleando sus expresiones y recursos, sin excepción alguna.

La herencia lexicográfica que recibió de sus abuelos en literatura, el talento que le entregó el padre de familias, no lo soterró para que se anticuara o perdiera su brillo con el manoseo, sino antes bien, hizo con él fructuosas especulaciones, y devuelve un vocabulario poético, capaz de contener y expresar las grandezas de la idea, el vigor de las emociones, y las ternuras y delicadezas del sentimiento. En la orquesta de **POMBO** no falta una nota, ni en sus huertos un aroma, ni en sus jardines una flor, ni en su aljaba una saeta.

Y ese desenfado de estilo, la audacia de la expresión, ese mezclar lo grande a lo pequeño, lo raro con lo común, constituye un aspecto de la originalidad de **POMBO**, el sello profundo, personal, inconfundible, que imprime a sus obras. Por eso es el poeta favorito de todas las clases sociales y de todas las edades. Por eso le es dado acercarse a las almas, volverlas de estopa y encenderlas con la llamarada de sus estrofas.

A poder de esa labor incendiaria, con el esfuerzo de comunicación y de avasallamiento, el poeta verdadero y genial como **POMBO**, transmite a la lengua algo de su ser y de su existencia, le da la inmortalidad, le presta facilidades y condiciones de perpetua renovación, de fecundidad y de embellecimiento.

Según Max Müller, las lenguas clásicas y literarias compran esplendor y dominio a precio de ruina inevitable: tarde o temprano el lenguaje popular las sustituye. Compara las lenguas clásicas a la superficie helada de un río, tersa e inmóvil, bajo la

cual corre ocultamente la corriente dialectal, el idioma vulgar que en día próximo o lejano arrasará fatalmente en sus ondas los tímpanos del idioma clásico.

Schleicher dice, a su turno, que las lenguas, obedeciendo a leyes determinadas, nacen, crecen, se desarrollan, envejecen y mueren.

Y antes que los dos lingüistas, lo había dicho ya Horacio por medio de una imagen.

A ejemplo de las hojas, pompa del bosque, que a medida que va declinando el año van arrastrando las más jóvenes a las más viejas, las palabras llegan a la caducidad unas en pos de otras; tienen su juventud, su edad madura y mueren a su turno.

Ut silvae foliis pronos mutantur in annos,

Prima cadunt: ita verborum vetus interit aetas

Et iuvenum ritu florent modo nata vigentque.

¿Cómo evitar o alejar la muerte de los idiomas clásicos?

Pues no dejándolos congelar, tomando lo viejo y usando lo nuevo; sacando a la superficie la oculta corriente que ha de consumirlos; mezclando el hielo a las aguas vivas; apoderándose del lenguaje popular y mezclándolo con el lenguaje clásico y literario; ennoblecándolo, dándole entrada en la poesía. Así, así como lo ha hecho Pombo. Juntando la aristocracia con la democracia de la lengua, vivirán ambas largo tiempo, en amor y compañía, sin temor de supersposición, sin sacudimientos ni revoluciones.

Dando entrada a la cámara de los lores, a cuanto en el pueblo es digno de atención y encumbramiento, ha conservado la aristocracia inglesa la primacía, sostenido la paz y apartado la revolución; pero es sólo el monarca de Inglaterra o del idioma el que tiene facultad para ennoblecer, por razones de mérito y valía, a Beaconsfield e Irving, o a dar entrada a la democracia, en la cámara alta del lenguaje. Así lo practicó Pombo con el tacto fino y pronunciado sentido estético que rige sus composiciones.

Su afición a la originalidad sencilla, a las cosas de su tierra y al estudio del lenguaje en todas sus fuentes y manifestaciones, despertaron en él admiración y gusto por la poesía popular; género literario a que dedica puesto de honor en sus informes anuales como secretario de la Academia, llenos de atinados conceptos y competentes juicios críticos de arte y literatura. Mu-

chas sentidas coplas populares, según él, tienen mejor título al nombre de *clásicas* que otras composiciones que llevan el pomposo distintivo sin merecerlo.

“La poesía popular, dice Pombo, es no sólo tesoro de verdadera, infalsificable poesía, flores silvestres de sentimiento riquísimo, de frescura y de aroma, sino también el mejor depósito de la gramática de la pasión y de la necesidad; genial, práctico y suficiente en su concisión, en su osadía y en sus formas, aparentemente irregulares: gramática que los gramáticos educados suelen no tomar en cuenta cual debieran, para la simplificación y vigorización del idioma.” “Os confesaré lo que tal vez parecerá un capricho—continúa Pombo:—que esta clase de poesía encierra para mí en sus varias faces el complemento de Horacio, una arte poética no menos provechosa que la suya, y que hay versos populares que valen según mi gusto un poema completo; tan admirables por lo que dicen como por lo que callan, y muy superiores a innumerables poemas de grandes pretensiones. Este por ejemplo:

Yerbecita de mi puerta,
Qué verdecita que estás,
Ya se fue quien te pisaba....
¡Qué haces, que no te secás!

Ahí están, sin expresarlo—concluye,—los dos amantes, sus entrevistas, el abandono, la soledad, el celoso despecho, y todo en una sola imagen, originalísima y tan exacta como poética. ¿No es esta la poesía pura, el puro sentimiento, cogido en el árbol sin olor del libro?”

Esta exposición encierra un sistema estético, una doctrina poética, expuesta con claridad y practicada con honradez e inspiración inimitables.

Ni investigó ni supo Pombo el origen de cada palabra, como si dijéramos su primitiva aparición; y los lingüistas más notables, los investigadores más eruditos y perspicaces no lo saben tampoco. Pero apreció y dio merecida importancia a la poesía popular como elemento de vida en el lenguaje. Esa importancia no es precisamente de la poesía popular; es de toda poesía, o mejor dicho, de todo verdadero poeta; porque no puede su-

ponerse una inspiración colectiva, porque son los poetas los que presiden al desarrollo de un idioma, a su perfección y pleno desenvolvimiento.

Y así es, y no dejará de serlo aunque proteste y salte Federico Schelegel, con toda la escuela que sostiene que el idioma es como un vegetal—una vegetación interior—que lleva en sí el germen de su vida y de su muerte, que obedece a leyes fatales, inexorables, sobre las cuales nada puede hacer el hombre. Algo así como un cuarto reino de la naturaleza.

Teoría que desbarata Max-Müller demostrando que sobre raíces remotísimas, sembradas, como si dijéramos en las entrañas de la tierra, en el principio, surge y retoña el árbol de la lengua y se cubre de tallos, hojas y flores; de una vegetación espléndida o raquílica, según los cuidados del jardinero, de acuerdo con la voluntad, o mejor dicho, la inteligencia o la fantasía de los hombres. Por la ramazón se llega a la radical.

Este es el sistema lingüístico, la teoría filológica que sostiene, con Max-Müller, Pombo, cuando dice:

“Por mucho que se revise, altere y remiende, siempre quedan en las poesías, sus impulsos generadores, sus *radicales*, como en las lenguas y dialectos, a pesar de las adherencias accidentales y de las superposiciones y compenetraciones de otros dialectos o lenguas.”

Y no os admire, señores académicos, que Pombo tercie en una discusión tan ajena en apariencia a sus gustos y estudios; que en materia de lengua no hubo esfuerzo que él no hiciera, ni exploración que no intentara.

A esta misma escuela pertenece Demesteter, cuando diserta sobre la riqueza con que la imaginación de los poetas dota a su lengua por medio de imágenes y metáforas que son como floraciones y bifurcaciones de la palabra. Breal, Humboldt, cuando declara el último que entre el alma de un pueblo y su idioma hay identidad completa; y por último los Hermanos Grimm y Brunetière.

Al frente de su diccionario pusieron ellos una sentencia que es una definición.

“En el principio era el verbo.” A mí la que más me gusta es la definición de Brunetière: un idioma es una obra de arte.

¡Una obra de arte, sí! porque todas las lenguas literarias y clásicas son hijas de un esfuerzo estético, se han amamantado en la inspiración y tenido a la poesía por nodriza.

Las primeras apariciones de nuestra lengua son inspiraciones poéticas de la piedad o del entusiasmo patriótico: *Los Reyes Magos*, *Santa María Egipcíaca*; canciones de gesta para las hazañas de Bernaldo del Carpio, Fernán González, los Infantes de Lara o Rodrigo de Vivar.

Cantares adivinados los de Bernaldo y los Infantes por el erudito Menéndez Pidal, en *La Crónica general de España*; poemas escritos los otros; uno de cuyos mamotretos originales, el del poema del Cid, he tenido en mis manos, facilitado por su dueño—mi ilustre amigo el Marqués del Pidal.

Todos ellos compuestos por trovadores, autores originales, y difundidos por los juglares de péñola o de boca, a manera de los rapsodas primitivos; o al modo de Wagner, que hacía él mismo la letra y la música de sus composiciones. Esos cantares que arrullaron la cuna del castellano, son esfuerzo artístico, trabajo de poetas, por hacer la lengua maleable y sonora. En la fragua del estro, en un yunque de perfección procuraban hacer de lingotes de hierro desunidos, ásperos, duros y sordos, cadenas articuladas, espadas flexibles que llegaban al alma, joyas de orfebrería, campanas sonoras.

Y es curioso observar esa labor de herrería, adelantada por los poetas al través de los siglos en nuestra literatura. Permitidme un solo ejemplo, señores Académicos, sobre un mismo lingote; un mismo pensamiento, expresado primero en el poema del Cid, luégo—doscientos años más tarde—en una quintilla del siglo XV.

El pensamiento es éste, en prosa ramplona moderna, la que estáis oyendo con benevolencia extremada. “No parece estar bien que un hijo dé consejos a su padre.”

Poema del Cid: Magüer sodes mío padre, quiero vos yo aconsejar:

Leyenda del siglo XV:

Ser fijo o consejador
Si al revés vos pareciere,
Mirad primero, señor,
Que aquel os sirve mejor
Que mejor coasejo os diere.

Ese idioma a que tantos esplendores habéis dado vosotros, señores académicos, fue hierro y también barro tosco, descolorido e informe, a que imprimieron el sello de su inspiración, cantores populares, que modelaron y pintaron ellos como verdaderos artistas, en el ahínco supremo de encarnar los brotes de su numen.

¿Cómo expresarme?

Modela el pensamiento en la arcilla de la palabra, su morada, que el horno de la pasión endurece, que la llama del entusiasmo pinta: son fuertes torres o alcázares afiligranados en donde repica la alegría o doblan las pesadumbres. En ese barro manda el Señor a Ezequiel que diga de la hermosura de Jerusalén celestial, de las embestidas del combate, de la tristeza y desolación de las ruinas.

En ese barro impreso con la originalidad de Pombo—unificación de los encantos de la prosa y del verso,—con esos ladrillos endurecidos y pintados en la llama de su estilo; poético y familiar, gran lilocuente y sencillo, ayúdala a dar al sólido monumento de la literatura patria, arte y altura tan extremadas, que alcanza a divisarse de España y del mundo latinoamericano; dondequiera que se estimen los artífices y trabajadores de una lengua.

Una divergencia más honda y más ruidosa que la que ha separado a los filólogos y gramáticos respecto a la definición de idioma, ha suscitado en el mundo literario, entre críticos y poetas, la selección o discernimiento sobre las mejores fuentes de inspiración; porque tal distingo señala épocas, sistemas y doctrinas literarias. Tal es la pugna entre clásicos, románticos, realistas; sea libertad o anonadamiento del individualismo.

El arte griego, padre de todo clasicismo, y que según Saint Víctor es base de toda cultura humana y de toda belleza, no es otra cosa que la religión de la forma, la imitación de la naturaleza, el culto del realismo.

La armonía de las proporciones, la exhibición estética de la musculatura del cuerpo humano, resalta en la estatuaria. El Dioscóbolo de Mirón, por ejemplo, se encorva, afirma la pierna, adelanta el brazo para ofrecer a la contemplación un estudio completo de anatomía; los músculos, los tendones, la osamenta se palpan o se adivinan bajo la piel movable. El Efebo griego se ha desarrollado en ejercicios atléticos, en juegos de gimnasia, ha

tomado agilidad y soltura en las danzas religiosas, parece que los griegos no recibieran educación, sino para servir de modelos.

El artista, para hacer doble ostentación de habilidad, empa la tela que cubre las desnudeces del modelo, a fin de reproducir con mayor primor y nimiedad los detalles de la forma humana y los innumerables pliegues del manto. Pero bajo la piedra o el bronce, bajo ese pecho de modelación perfecta, no se sospechan ni adivinan las palpitaciones del corazón; ni un gesto, ni un movimiento, ni una sola expresión, reveladores del sentimiento. Los dioses y diosas que se pasean por las frisos y frotones del Partenón son tan impasibles como los centauros, que se encabritan y corren por las metopas. Niobe, representación del dolor supremo, es una hermosa cariátide, un adorno arquitectónico; el Toro Farnesio no revela mayores sentimientos que el joven a quien arrastra; Laoconte tiene un corazón tan sensible como la serpiente que lo envuelve y estrangula.

El poeta trata la poesía a modo de escultor o pintor, reproduce maravillosamente la forma y el color, domina la naturaleza, pero sin contarnos nada de su alma; sin que trascienda una partícula de su sér: son muros, impasibles como los modelos que copian.

La manifestación de un ideal debe encontrarse ante todo en la crítica literaria, porque representa el gusto reinante en cada época; porque estudia, abarca y juzga a todos los poetas, señalando la vía de perfección y la fuente de belleza.

Longino, aquel retor griego, que tanto entusiasmó a Boileau, declara que el más vivo manantial de lo sublime está en la forma; es decir, “en la composición y arreglo de las palabras en toda su magnificencia y dignidad,” y añade que “la imitación de la naturaleza es cuanto hay de más necesario para alcanzar lo grande.”

Horacio, que representa como crítico el ideal latino, señala la misma fuente de inspiración que el retor griego. Imitar—dice—imitar a Grecia, de día y de noche.

Vos exemplaria Graeca nocturna versate manu, versate diurna.

No, no era por cierto el paganismo el maestro más apropiado para disciplinar el espíritu y doctrinar la mente en la contemplación; para enseñar al poeta a meditar, a volver los ojos

de fuera hacia dentro, del mundo exterior al universo interior, para buscar inspiración en el fondo del alma, libertar el yo, y desplegar el individualismo.

El triunfo cristiano abre anchuroso cauce a la concepción artística, lanza la poesía por otras sendas, rompe fuentes de inspiración nuevas e inagotables, señala a la literatura dilatados horizontes.

El ideal estético ha cambiado; el artista buscará dentro de su ser la expresión de la belleza, reflejará sobre sus creaciones la luz que de su pensamiento emana.

Pero la nueva orientación no dará abundante cosecha de frutos en la poesía, porque las lenguas en formación se prestan mal a la plena y perfecta expresión del sentimiento. Existe, sin embargo, una excepción, obra de meditación profunda y de contemplación interior, manifestación espléndida y triunfante de la fe y de los nuevos ideales: la Divina Comedia.

No encuentra el sentimiento religioso forma adecuada de expresión en la palabra, y la busca con ímpetu en el mármol y en la piedra, le da expansión y desahogo en la arquitectura; levanta catedrales, crea el orden gótico; arte nuevo, extraño al ideal clásico, emanado de emociones muy hondas y de sentimientos muy vivos.

A la dureza de las líneas rectas, a la cruda iluminación interior, al derroche de luz que disipa y dispersa, a la decoración sensual o muda, se ha sustituido el eterno crepúsculo de la nave, la elocuencia de la ornamentación, las tumbas del pavimento, los haces de columnas, las nervaduras de la techumbre, las curvas que en perpetua fuga se persiguen y se cortan en la bóveda altísima; las agujas y aristas que por dondequiera campean, como continua llamada a lo infinito. Se ha apagado la luz exterior para encender un nuevo sol; para procurar al hombre en la meditación y el recogimiento una explosión de luz que le mostrará a Dios en el fondo de la conciencia, como también un nuevo concepto de la vida y del arte.

La alternabilidad de ideales continúa, sin embargo. Roma y Grecia vencidas, triunfan en una victoria de ultratumba y por varios siglos entronizan en la poesía, los viejos ideales clásicos.

Pero ese triunfo ha de ser también derrota; de la penumbra de las catedrales góticas resucita y se levanta la escuela román-

tica, la manifestación de la personalidad interior del poeta, el imperio del individualismo, en pleno esplendor y desenvolvimiento.

El romanticismo revive y retoca todas las artes, e inspira y fecunda los genios más poderosos del pasado siglo: Chateaubriand, Lamartine, Víctor Hugo en Francia, y en España, Espronceda, a quien por el estro y la inspiración poética no reputa Valera inferior a los anteriores, y Zorrilla, entre los principales.

El romanticismo llega a nuestra patria con síntomas de decadencia prematura; la exuberancia de vida, el exceso de agitación y de sentimentalismo, han agotado sus fuerzas y anticipado el amaneramiento, la vejez, y es así como se presenta entre nosotros.

El *Zorrillismo*, que así llama Pombo con gráfica expresión la nueva escuela, es un sistema en que la poesía no puede navegar sino en mares de lágrimas, empujada por huracanes de suspiros, ni moverse sino en las contorsiones de la desesperación.

La necesidad de una renovación artística se hace sentir, un freno a la exageración, un anhelo de verdad y de equilibrio, y a mediados del siglo, en el punto y hora en que Pombo abre los ojos a la vida literaria, como en palenque cerrado, se encuentran los dos sistemas, las dos escuelas, los dos ideales que se han dividido el mundo de la poesía: realismo y romanticismo.

Ideales, sistemas, corrientes encontradas! No! no lo son, no deben serlo, dice Bergson, pensador original, que aplica a las cuestiones estéticas lógica inexorable y método de investigación riguroso. Las dos fuentes de inspiración corren por un mismo cauce; no hay dualidad sino unidad. Para el común de los mortales una espesa bruma, un denso velo oculta a un mismo tiempo el contorno de las cosas y las vibraciones del alma, el fondo de la naturaleza y el fondo de la conciencia, así el mundo exterior como el mundo interior, el individualismo de los seres y hasta el propio individualismo.

Pero el poeta es un vidente, dotado de doble vista, de penetración excepcional, capaz de vislumbrar, de percibir y recoger los movimientos del mundo que se ofrece a sus ojos, y del mundo que se agita dentro de su propia existencia; con su fina percepción cuenta las pulsaciones de su vida y de la vida de cuanto le circunda; siente las palpitations del corazón de las co-

sas con la misma precisión que las del suyo; el poeta conoce su yo propio y el yo del mundo exterior, puede contemplar el desarrollo de su individualismo y del individualismo de la naturaleza. El poeta es poeta, porque le es dado rasgar el velo que oculta a los demás hombres, los abismos del alma y el fondo de los seres materiales; porque es capaz de disipar la bruma que envuelve lo mismo el mundo perecedero que el mundo inmortal; porque con la chispa de la inspiración puede prender la luz que le pone de manifiesto la vida dondequiera que esté, en todos sus pliegues y escondrijos; porque tiende entre el cielo y la tierra la misteriosa escala de Jacob que comunica dos mundos.

“Y entran en comunión de simpatía
Nuestro mundo interior y el mundo externo!”

Dijo POMBO.

El poeta es poeta porque para él brilla nuestro sol con claridad extraordinaria, invisible para los demás, y que le permite contemplar la creación entera: el sol del idealismo.

Y así como no hay más que un sol, no hay más que una fuente de inspiración: el idealismo, y sólo por el luminoso camino del ideal se llega a la realidad.

“El realismo—dice Bergson—está en la obra, cuando el idealismo está en el alma; y sólo a fuerza de idealidad, toma el poeta contacto con la realidad.”

Teoría es ésta; nueva, original, y esencialmente filosófica, ¿no es cierto, señores Académicos?

Pues esa misma teoría, expuesta por un profesor del Colegio de Francia en 1910, había sido preconizada en Colombia veinticinco años antes, de manera muy sencilla, clara y precisa, en tal día como hoy en que la Academia celebra su cumpleaños.

“El don de crear es hacer naturaleza idealizada, es ver lo ideal en lo real,” había dicho POMBO, en uno de sus informes.

Y él sentó la doctrina y cumplió el precepto.

Por eso he dicho que POMBO es a un mismo tiempo romántico y realista; él, con su poderoso sentido estético, une dos corrientes al parecer contrarias y bebe inspiración en el ingente caudal de sus aguas; sopla y disipa las brumas del alma: bajo el velo nupcial que cubre el ramo de novia, preconiza el símbolo de las

flores, alcanza a divisar el aperlado de los botones y percibe la fragancia de los azahares.

Con el espíritu de transacción, de paz y equilibrio, que constituían el fondo de su carácter, gritó POMBO al romanticismo y al realismo que iban a librar decisiva batalla por el imperio poético: ¡Sús! ¡Teneos! Peleáis por un mal entendido; mezclad vuestros ejércitos y luchad unidos, concurrir ambos al reinado de la verdad y de la belleza.

POMBO, que nunca gustó de la política, logró un triunfo que no han alcanzado los políticos más hábiles y diestros: unificar y confundir en cordial abrazo, para concurrir a un mismo fin, la tradición y la revolución, la autoridad y la democracia, la libertad y el orden en la república de las letras.

De ahí la profundidad del pensamiento y la precisión de sus manifestaciones, la intensidad en el sentir y la exactitud de expresar, lo grandioso de las ideas y la concisión de la frase.

Las doctrinas estéticas de POMBO se encierran y compendian en las siguientes textuales palabras suyas, que comprueban la exactitud de mi tesis:

“La función del poeta es demostrar con imágenes, no con razonamientos, lo que siente; las estrofas hacen demostraciones con la divina álgebra del arte.”

La poesía perfecta sería para él “una poesía primitiva, cristiana, sin ídolos ni monstruos, hipérboles ni redundancias de epítetos y exclamaciones—es decir, primitiva y clásica a un tiempo,—de sobriedad, como de espejo de la naturaleza, poesía *ideal al par que realista y matemática...*” “Poesía que transforma en música del alma, la cotidiana prosa que nos rodea.”

Y toda la prosa que rodea a POMBO, el universo entero lo atrae al remolino de la inspiración, lo arrastra, lo sumerge, lo hunde en las profundidades de su ser, lo empapa en los mares del alma, y lo vuelve idealizado, tinto en las coloraciones de su pensamiento, marcado con su sello, rejuvenecido y retocado.

A un poeta que queda retratado en cada una de sus estrofas, no se le pueden señalar filiaciones y modelos, compañeros ni similitudes; pero cuando leo sus versos, no puedo dejar de recordar a dos poetas: Lamartine, el Lamartine de la juventud, el de las primeras meditaciones poéticas, y Campoamor. Se me vienen a las mientes esas meditaciones, esas poesías filosóficas y descripti-

vas, tan profundas, tan sencillas y personales, en que el pensamiento y la expresión van corriendo, se van deslizando con la facilidad de los arroyos por las llanadas; en que parece que las estrofas se van formando por sí solas, como las aglomeraciones de flores y espumas que se juntan y se combinan en los remansos; como esas rinconadas de la sabana, con rocas barbudas y follajes, que irradian en el crepúsculo claridades de rosa y ámbar, y de donde brotan con aromas selváticos, trinos de pájaros invisibles y efluvios de paz, de blandura, de dulce melancolía.

Y de Campoamor, por el empeño de introducir el lenguaje de la prosa en el verso, o de juntar las excelencias y las exquisiteces de ambos en la poesía, persiguiendo claridad, espontaneidad y sencillez. De Campoamor dice Valera:

“Es Campoamor acérrimo enemigo de la llamada dicción poética, de giros, frases y vocablos que no se emplean en prosa; pero Campoamor, aunque peca a menudo de prosaico, cuida muchísimo de la forma.”

Sin duda podrían buscarse a Pombo, con mayor acierto, otras afinidades, aproximaciones e influencias; no hay poeta ni artista que no las haya tenido; sólo de Miguel Angel dijo Vassari, su historiador, en un raptó de entusiasmo, que había llegado al mundo del arte sin antecesores ni progenitores: *filio sine matre creatum*. Acaso podría acercarse a Pombo a los poetas ingleses o norteamericanos, con quienes estuvo en contacto personal o literario en su larga ausencia del país; pero esto nada vale, porque los poetas a lo Pombo son inclasificables, representan una clase y una familia, son una alma en un libro, y realizan el ideal poético que señala Faguet como conquista singular e indisputable del siglo XIX, “que creó la poesía personal en que se expanden y derraman los sentimientos íntimos del corazón y en que es el alma humana la que vibra.”

Con estas condiciones, con sentimiento tan hondo, con fuerza imaginativa y reveladora tan poderosa, con el dón de la vida, nostalgia de juventud y la religión de los recuerdos, todo tema que pasaba por el filtro de su corazón y por los talleres de su numen, llevaba su sello; todo lo que tocaba era como creación propia. De su personalidad poética emanaba una virtud milagrosa que hacía andar a los paralíticos y resucitaba muertos.

—¿Qué le pasa á usted hoy? preguntó una dama a Chateaubriand, viéndole demudado y aconterido.

—Me pasa, señora, que hoy he cumplido cincuenta años.

Goethe apostrofa la hora dichosa y fugitiva:

No corras, no escapes, no vuelés; deténte, así eres perfecta.
¡Deténte!

Líbrase en el invisible escenario del alma, una trágica lucha con el Tiempo: quisiéramos fijarlo, detenerlo en las horas felices, vivir en una juventud perpetua, y el Tiempo, con paso igual, inexorable, todo se lo lleva, todo lo desvanece, nos va matando un poco día por día, pone en la cabeza nieve y fatiga, frío en el corazón, desencanto en el alma.

De ese drama desgarrador, sobre el cual dejamos caer el telón de la indiferencia o la sonrisa, hay escenas sueltas, emocionantes, en muchas de las composiciones de Pombo; fue argumento que se sentó en el fondo de su inspiración y le dictó dos de sus mejores composiciones: *Siempre y Declamamos ayer*. En ellas canta la eterna juventud del cariño, y da al Tiempo por desazonado y vencido.

¿Qué es un pétalo marchito en el fondo de un armario o en la página de un libro? Un átomo, un poco de basura. Y se guarda y conserva como un tesoro, como el mejor diamante, porque reconstruye la dicha, embalsama el recuerdo de una época feliz; en la batalla con el Tiempo queremos fijar en un átomo las muertas alegrías. Lamartine cantó la rosa marchita evocadora de sueño que no muere.

Pero no tienen las estrofas del gran poeta francés, el poder de evocación, la fuerza dramática de las de Pombo. El levanta el telón:

Vuelvo hacia atrás pisada por pisada
Recogiendo el rumor de nuestros pies,
Repesando un silencio, una mirada,
Un toque, un gesto, tanto que fue nada
Y que un diamante hoy es.

Cantar las aves no es en verdad cosa nueva, es tema que de muy atrás debió presentarse al poeta, porque representan y figuran lo que se eleva, lo que vuela y canta; porque son la gracia y la alegría de la creación, la sonrisa del espacio; porque

llevan en sus plumajes los colores del iris y condujeron en el pico el primer emblema de paz, y como representación del amor divino, tienden las alas sobre los altares.

Ya Aristófanés escribe una comedia en que los actores son los pájaros y parece haber agotado el tema.

Y sin embargo las avecillas que empollaron en la cabeza de Pombo tienden al viento las alas con gracia nueva; sus colores son más encendidos, más airosos sus movimientos, más delicada y sonora la música de sus gargantas; después de mecerse en el espacio y de bañarse en luz, bajan a la ventana del poeta, cariñosas y familiares como viejas amigas, se sientan en su mesa y enseñan a Pombo, a cambio de pan, agasajos y caricias, la naturalidad de sus trinos, lo fácil de sus melodías, la espontaneidad de sus gorjeos.

Mas yo tengo algo de cantor : me impulsa
Espíritu de gremio en vuestro amparo
Y cierto acatamiento misterioso
Como aquel del discípulo al maestro,
Pues en verdad declaro
Que prefiero a mi canto el canto vuestro.

Y no sólo saca Pombo agua de la cisterna seca, sino que cambia y transfigura las composiciones ajenas, que dejan de ser ajenas para pasar, por derecho de hermosura, a la exclusiva propiedad suya, como obras originales de su fantasía.

Para traducir es preciso conocer dos lenguas, con intimidad absoluta, distinguir en ambas la esencia de su sér, la expresión de sus gestos, los rasgos fugitivos e impalpables que constituyen un carácter, lo definitivo de una fisonomía.

Porque traducir composiciones poéticas no es trabajo de carreteros que llevan un fardo sin saber lo que contiene, no es tampoco labor fotográfica en que una plancha inconsciente sirve para muchas copias. Traducir es obra de arte. El traductor recibe impresiones, como si las tomara de la naturaleza misma, y las vuelve con la frescura y vigor de lo vivido. Es obra de fundición y de escultura, de forja y de orfebrería.

Al copiar la estatua no se toma el molde en yeso; nó! La estatua se rompe, se pulveriza y se refunde. Humea el carbón, brillan las brasas, soplan los fuelles y parece verse chorrear el

bronce derretido sobre el molde de una inspiración nueva. Contemplamos luego el chisporrotear del yunque, sentimos el golpeo de mazos y martillos, el chirriar y gamir de limas y escofinas.

Entre el compositor original y el traductor trábese a veces lucha descomunal; el uno hurta el cuerpo, escapa, se defiende, cierra la entrada de su obra al traductor, que pugna por asirlo impalpable, por tomar el pensamiento, doblegarlo, someterlo a su voluntad y a su dominio. Es la clásica lucha de gladiadores: defendido el uno por la coraza y la espada, armado el otro de inmensa red en cuyas mallas ha de envolver al atleta acorazado. Triunfa el reciario, cuando el traductor es Pombo, y el autor original desaparece; el traductor, con aplauso del anfiteatro, impone a la composición el sello de una segunda creación, el sello de su personalidad.

Y con justicia, porque Pombo agranda y enriquece los pensamientos, multiplica los símbolos y las imágenes, les pone sus vestiduras, les da relieve con el claroscuro de su paleta y color con los ricos tintes de sus florestas. A la verdad no ha recibido sino un tema, una inspiración, un impulso inicial, y él rompe la jaula de la primitiva composición, se remonta, vuela con alas propias, se lanza por espacios inexplorados.

En todo grande artista hay un anhelo de prolongar las vibraciones del golpe que dieron otros, de traducir y mejorar las obras de arte, cualquiera que sea su género y su especie.

Traduce el Dominiquino una composición de Aníbal Caraccio, apenas conocida, en tanto que la traducción, la Comunión de San Jerónimo, se enfrenta en los salones del Vaticano, a la Transfiguración de Rafael.

Ante la cúpula de Santa María dei Fiori ronda Miguel Angel como león hambriento; esa cúpula es su delicia y su martirio, quiere traducirla, llevarla a otra parte, pero mejorándola. *Comme te non voglio, meglio di te non posso*. Es decir, quiero traducir, no copiar. Y la tradujo y la puso sobre la catedral de San Pedro, en donde, alumbrada por el sol del genio, resplandece sobre todas las cúpulas, sobre todas las catedrales y sobre todas las alturas.

¿Quién reconoce la huella de Horacio en una de las composiciones, más genuinamente castellanas y de fisonomía personal más pronunciada?

¿Qué descansada vida
La del que huye el mundano ruido?

De unas pocas estrofas de Ella Wheeler, breves como un apuntamiento de cartera, de una semilla insignificante surgió al fiat de Pombo, un bosque sagrado que resuena con orquestación divina, en que las estrofas pasan cantando, como en procesión mística, el salmo de la juventud inmortal, el himno triunfal de los amores. De la primitiva semilla no hay nada, en cambio, queda la selva de propiedad del poeta colombiano.

Reunidos llamó Ella Wheeler su composición, y nuestro poeta, con un rasgo genial, da cuerpo y figura al nombre vago y común, le comunica sabor netamente castellano, hace la composición suya desde el nombre hasta la última línea.

Decíamos ayer...

A ella introduce Pombo esas descripciones en que habla con el pincel y pinta con la pluma; y arrancando el velo que cubre el corazón de la naturaleza y el suyo propio, muestra paisajes del alma de las cosas y retazos de cielo, escapes de arbolado, trozos de su sér.

Aún veo sobre el carbón de tus pupilas
El arrebol fascinador de ocaso,
Veo la vacada, escucho las esquilas;
Va entrando en el redil paso entre paso.
Escucha, recelosa de la sombra,
La blanda codorniz que al nido llama
Y al sentirnos, parece que te nombra
Y que por verte se empinó en la rama.

Al hombrearse Pombo con los grandes poetas nos da la medida de su tamaño. A muchos tradujo y no resultó inferior a ninguno, superior sí repetidas ocasiones. Entre los mantenedores busca a Hood, uno de los poetas más populares de Inglaterra, y parece decirle lo que Longfellow—a quien también tradujo—a Alfredo Tennyson:

Vengo a tocar tu lanza con la mía.

Había cantado Pombo la buena, la hermosa muerte, la muerte entre sonrisas y flores; el desposorio místico de una virgen con el ángel; el viaje a la eternidad, en medio de esplendores y claridades.

Pero quiere también derramar una lágrima sobre el cadáver de la pobre desechada que no tuvo más compañeros en su agonía que la desesperación, el frío y la oscuridad de las ondas; cerrarle los ojos, darle paz y sepultura.

Todo el triste drama se adivina y se reconstruye; el despertar del amor, las esperanzas de venturas fantásticas, relampagueos de oropeles y brillo de joyas falsas, la sorpresa del desengaño, las largas expectativas, las primeras lágrimas, el hastío, la fatiga, la desesperanza definitiva, la angustia, el abandono, la soledad y luego la miseria con su séquito de afrentas y depravaciones; el hambre, el frío, las sedas convertidas en andrajos, las caricias en ultrajes, el almíbar del amor en hiel, en espuma horrorosa y amarga.

Por el llanto que nos toca
Enjugar en esa boca
Las espumas del naufragio,
Trago acerbo, pero el último,
Que el amor le presentó.

Se entrevé la espantosa vacilación entre dos abismos: el horror de la vida y el horror de la muerte... la resolución súbita, en una noche de invierno en que lloraba el niño; el recorrer las callejuelas solitarias tropezando con trasnochadores alegres, la llegada al río, al puente donde se atropella la vida, la riqueza el negro Támesis que refleja las luces de habitaciones en donde reina la dicha; y vacía...

Desde aquí tal vez la misera
Al nocturno cierzo impío
Recorría tantas lámparas
Que refleja el ancho río
Y la tibia luz de innumeradas
Galerías y ventanas
Que pintaban en su espíritu
Tras de velos y persianas,
Cada cual la paz y el júbilo
De un amor y de un hogar.
Mientras ella enferma y misera
No tenía más que lágrimas
Y ni a dónde ir a llorar.

El valor súbito, el arranque supremo; la sensación del abismo, el hielo del agua, la hondura, lo que oprime, lo que asfixia, el anhelo de vivir, el arrepentimiento tardío, el espectáculo de la existencia en un relámpago, los ojos cariñosos de la madre, retozos fraternales, el niño, el niño abandonado, tendiendo las manitas amoratadas por el frío....

¿Quién sus padres nos diría,
Tuvo hermana, tuvo hermano
O un acaso más cercano
Y más caro todavía?
Recoged sus miembros frígidos
Con anhelo casto y pulcro
Antes, antes de que rígidos
Se revelen al sepulcro.
Y que al menos en su fosa
Paz y abrigo se le dé!

¡Cuán hondas disparidades entre Pombo y Blanco White, y qué raras coincidencias! Blanco, el tipo del heterodoxo español, ardiente y arrebatado, que sacrificó en todos los altares y rindió culto a todas las divinidades, que fue místico y ateo, aventurero de la filosofía y renegado de su fe, de su patria, hasta de su lengua. Pombo, el hombre de una sola fe y de un solo entusiasmo, amante fiel de su lengua y apóstol de ella, sin más cultos que los de la patria y la belleza. Pero ambos, el poeta renegado y el poeta fiel, aficionados a volar por los espacios del espíritu. Ambos con la tendencia a mezclar en la obra literaria la ingenuidad popular y la delicadeza aristocrática, cualidades que con palabra textual asigna a Blanco White el insigne Menéndez y Pelayo. Ambos de origen irlandés, pertenecientes a esa vieja raza celta, que aún tiene genuinos representantes en Irlanda, y en las costas del mar cantábrico; raza que sorprendió a César en la conquista por su militarismo y facilidad de expresión; *rem militarem, et argute loqui*, dijo por eso Catón. El irlandés lleva el grano de locura en el cerebro, la chispa de inspiración en las pupilas, el sentido de la poesía en la masa de la sangre, la vívida expresión en los labios.

Y no debo proseguir sin recordar un gran poeta colombiano, por ser de sangre irlandesa también, y que figura en un cuarteto de Pombo, como esos personajes que pasan en la Divina Come-

dia y que coloca Dante en el cielo, y los señala a la inmortalidad nimbados de resplandores.

*Vedi oltre frammeggiar l'ardente spiro
D' Isidoro, de Beda, e di Ricardo.*

Y el pasaje de Pombo:

Y es ya la excelsa Juno, alma Lucina
La tutelar del casto amor fecundo
De quien el cielo a Fallon predestina
Por Pontífice y vate sin segundo.

Es tal el dominio de la poesía y la fuerza expansiva de la literatura, que no es conocido Blanco por sus errores y sus apostasías sino por un soneto *El despertar de Adán*—sus demás composiciones no valen nada,—reputado por Coleridge como una de las cosas más delicadas que hay en lengua inglesa, y que consideran otros como el mejor soneto inglés.

El mismo Pombo analiza la composición. “La idea del soneto—dice—da golpe, es poética y una palma del numen religioso contra el profano.” Su numen religioso se enciende, lo arrastra el pensamiento de hacer el cántico de la esperanza cristiana, que resultó una de las mejores piezas literarias de nuestra lengua. Y la causa de la superioridad de la traducción o imitación es obvia, debe haber una emoción más honda y más sincera en el poeta colombiano, de incommovible fe, que en aquel que, según palabras de Menéndez y Pelayo, “fue el renegado de todas las sectas, el leproso de todos los partidos y que caminó al sepulcro sin fe ni aun en su misma duda.”

El mejor soneto inglés, hecho por un español, lo reconquista para la lengua castellana, y para gloria nuestra un colombiano; la composición de un ateo esperaba al poeta que sólo en Dios tuvo su esperanza, al traductor que la hiciera suya por la fuerza del numen, por lo viril del estilo y por la sinceridad del sentimiento.

De las regiones etéreas, donde batalla con águilas o se acompaña con ellas, de la montaña de lo sublime, descendiendo Pombo a la llanura, para ejercer allí una misión educadora y docente, baja del Sinaí con los mandamientos del sentido común y

las tablas de la experiencia; abate el vuelo para predicar la ley natural que ha de servir al viajero desde su primer paso en su jornada por la tierra.

Ese es el Pombo fabulista.

En ese género, da suelta a ese amor a los niños manifestado en un arranque de ternura y despecho, en que dice a las aves:

No temáis que algún niño... ah! bien querría
Que pudierais temer tan dulce cosa
Como hallarme de un hijo en compañía,
Rico presente de una casta esposa;
Pero ay! si los tuviera—tanto, tanto
Amáralos tal vez que, fuera de ellos,
Ni a vosotros a dar alcanzaría
Una migaja de mi amor, ni un canto.

Y amó a todos los niños como a hijos suyos, los amó con ternura, con íntimo apasionamiento; y como prenda de cariño creó para ellos un género especial de poesía, para coger la primicia de sus emociones.

Taine hace notar la falta del niño en la literatura francesa, y señala como un acontecimiento literario su introducción por Dickens en la novela inglesa.

Pombo no sólo introduce el niño en las letras colombianas, sino que fabrica para ellos juguetes maravillosos, llenos de sorpresas y encantos, con que los entretiene y divierte, y también los enseña y los instruye.

En ese ramo de literatura tan singular y tan de su gusto introduce sin escrúpulo y a todas sus anchuras giros, frases y construcciones, de sabor a tierra natal pronunciadísimo, y que me atrevería a llamar provincialismos o bogotanismos, si no fueran gramaticalmente correctos y comprensibles dondequiera que se hable castellano.

Corre allí por ancho cauce ese naturalismo de expresión artístico y campechano, en que el lenguaje poético y el de la prosa se confunden y se abrazan, en que el idioma literario y el familiar se dan la mano, en que la palabra escrita cede el campo a la palabra hablada. Estilo de conversación, de sencillez y claridad de nodriza, para inteligencias en que empiezan a balbucear las ideas, en que el pensamiento apenas gatea.

En las cabecitas infantiles no caben sino cuentos e historias en que figure, no el hombre con la ardiente de sus pasiones y la complejidad de sus sentimientos, sino seres movidos por instintos primitivos; los animales, reconciliados por el fabulista con el niño.

La fábula es un drama con acción y movimiento; diálogo vivo, animado y verdadero entre personajes irracionales; el desenlace debe dejar la impresión de un buen consejo, de una lección, de una enseñanza inolvidable. El ejemplo vivo del castigo o del premio.

Fábulas útiles son, aunque no tengan moraleja expresa, los cuentos para niños, porque aprenden en ellos a fijar la atención, a ejercitar la memoria. Y tanto en éstos como en los demás, ningún fabulista igualó a Pombo en el relieve y pintura de un carácter, ya sea gatuno o ratónil; renacuajil o zorruno; en la adaptación de la forma dramática, en la rapidez del movimiento escénico, en la agrupación de incidentes, en la propiedad y ligereza del diálogo, en la intensidad de la crisis, en el interés del desenlace.

La fábula esopista y la numerosa prole que a través de los siglos ha engendrado, lleva plomo en las alas, adolece de aridez y torpeza de movimiento—que el mismo Brunetière señala—y que la hacen como despegadiza y parálitica. Pombo ha puesto a las suyas esos tentáculos y estambres de los bejucos y enredaderas, para trepar, para fijarse en parajes donde ninguna otra planta se sostiene; nuestro fabulista ha logrado impresionar memorias y entendimientos donde no arraigan las emociones, donde la palabra se desliza, donde la lección se desprende, donde todo es pasajero y fugitivo.

Para atraer y encantar deja Pombo la Musa meditativa, solemne, melancólica, y recurre a otra retozona y sandanguera, que tiene a veces vaporosos cendales, castañuelas y aleteos de mariposa.

En el agua clara del arroyo hay también espumas, también arrastra flores la diáfana corriente.

Mariposa

Vagarosa

Rica en tintes y en donaire,

Qué haces tú, de rosa en rosa?

De qué vives en el aire?
 Yo ? de olores
 Y de flores
 Y de espumas de la fuente
 Y del sol resplandeciente
 Que me viste de colores.
 Me regalas
 Tus dos alas,
 Son tan lindas, te las pido,
 Déja que orne mi vestido
 Con la pompa de tus galas.

El amor a los niños hace a Pombo dramaturgo en miniatura y fabulista ; el gigante se hace enano, ofrece a los pequeñuelos juguetes y lecciones, los enseña riendo.

A él aplico lo que para otro dijo :

Tú, que haciéndote niño con el niño,
 Ciencia y virtud jugando insinuabas.

Pero en el extenso encordado de su alma, todo lo bello y lo bueno arrancaba sonoridades y resonancias ; música melódica y dulce, apagada con la sordina de la melancolía, estruendosa, fuerte, rimbombante, como marcha militar, como salva de artillería o trueno de catarata.

La más alta manifestación estética es el amor a la patria, y Pombo la amó en los modismos de su lenguaje, en sus cantos populares, en su naturaleza, en su epopeya y en sus próceres.

La ausencia acendra ese amor, lo condensa y lo aviva ; toda tierra que no sea la suya es cárcel helada y triste :

Al ensayar mi vuelo el primer día
 Vine a caer inerte y desalado
 En extranjera jaula triste y fría.

 Luz de otro sol y flores de otra tierra
 No tiene fuego, aroma ni calor.

Cuánta emoción, cuán hondo acento de orgullo y ufanía despierta sólo la palabra *patria* en los labios de Pombo :

Era una noche de aquellas
 Noches de la patria mía,
 Que bien pudieran ser día
 Donde no hay noches como ellas.

El *Bambuco* es una explosión de patriotismo, la dignificación y ennoblecimiento de la música popular colombiana, la sinfonía compuesta con los rumores del viento, el cantar a los cantares, el himno nacional de las selvas.

Una tras otra las redondillas van lanzando sus notas, juntando sus voces, mezclando suspiros ; ya el coro está en marcha, ya crece, ya resuena ; llegan y llegan estrofas, más cantores, barítonos y sopranos, bajos y contraltos. Acelera el canto su ritmo, acompañado por el bronco mugir del Cauca, el hervor de la selva, el bordón de las guitarras, el sollozo de tiples, el trinar de las bandolas ; y solicitadas por la melodía incitante, acuden a la cita las ñapangas, cruzan como luciérnagas el rústico salón, y bordan, en el terciopelo de la noche, el complicado dibujo de la danza.

Baten los incensarios de las flores, y al par que de los flecos de la techumbre, de los cortinajes, de la alfombra de hojarasca, de la cuenca del río y de los encordados y gargantas estallan orquestas de susurros y coros de armonías, las redondillas, en un arrebató de entusiasmo, se yerguen, se lanzan, se hunden en el torbellino del baile, saltan y giran, resbalan y voltean ; enlazadas con los bailarines, ondulan en rueda colosal, o en cordón interminable desenvuelven por la explanada, entre un concierto de músicas y fragancias, los arabescos de la danza, las roscas de fantástica serpiente.

Se confunde la plenitud de la sonoridad con la plenitud de movimientos, y fragancias, y se dilata y se encumbra, despertando los ecos dormidos de los bosques, el himno triunfal, la apoteosis del *Bambuco*.

Y aspiraba esos olores
 Mezclados a esos sonidos
 Y ese aire que los vestidos
 Les salpicaba de flores.

Y todo en mi derredor,
 Desde el silencioso cielo
 Hasta la grama del suelo
 Y el bambuco seductor,

Formaba tal armonía
 Que todo a un golpe creado
 Y uno para otro inventado
 Por el señor parecía.

Allí el poder peregrino
Del bambuco percibi,
Jamás desde que nací
Me sentí más granadino.

Tángo y acaso más lo fue, más granadino y colombiano por el sentimiento vivo de la epopeya nacional, en que la historia se confunde con la leyenda, no por la lejanía sino por la grandeza. Si fue un apasionado del arte, fue también, y en mayor grado, un enamorado de los próceres, su vida, sus descomunales aventuras, sus hazañas y sus martirios lo fascinan y lo inflaman: en los altares de su corazón sólo a esos hombres quemó incienso.

Los griegos no creyeron a los mortales dignos de la estatua, y únicamente cincelaron los dioses. POMBO fue clásico a la manera de esos artistas, y nunca doblegó el bronce en la curvatura de la genuflexión, ni manchó el mármol con la lisonja, ni envileció la pluma con adulaciones.

Pero se arrodilla ante la cuna de la patria, le trae el homenaje de los tesoros de Oriente, rinde a los pies de Colombia recién nacida, el oro, el incienso y la mirra de la poesía heroica.

¡Cómo no, si por sus venas corre y mueve su corazón esa sangre rica y potente de aquellos hombres que lo fueron todo: sabios, tribunos, guerreros y apóstoles, estadistas y diplomáticos, volcadores de tronos, artífices de la Libertad, arquitectos de la República! Cómo no, si su padre don LINO DE POMBO y O'Donnell defendió las murallas de Cartagena, y tuvo entonces por compañero y amigo aquel joven taciturno, que años después salió de Bogotá para encontrar muerte traidora en el camino, y resucitó en bronce el 21 de Julio de 1912, para no volver a salir nunca y recibir en su pedestal las bendiciones y la gratitud de los colombianos: Sucre!

En su herencia de gloria encontró el hijo del defensor de Cartagena, una lira de bronce, ornada de laureles, en donde vibraban todavía los fragores de la pelea y las aclamaciones de victoria; lira que resonó también, en épocas aciagas, con dolientes quejas y fúnebres lamentos en las miserias patrias:

Caracas, Cumaná, Valencia, el Llano,
Campos do fue vulgar la maravilla,
¿Quién a su historia no se siente enano,
Quién a su vista no hinca la rodilla?

Besara yo ese polvo, y como el perro
De aquellos dioses persiguiera el rastro,
Prófugo de esta edad del vil Becerro
Do la nostalgia de lo grande arrastro.

Porque pasó la fiebre de la gloria
Y quedó en esqueleto el egoísmo
Parodiando raquítica la historia
Y hambriento devorándose a sí mismo.

Vuelve el cantor a sus grandezas, desaparece el llanto, huye el lamento de las cuerdas de acero, porque torna a rozarlas el ala de la gloria. Ricaurte es bogotano por el origen y la sangre; conterráneo de POMBO, imagen de una ciudad que sacude los yugos y rompe las cadenas, representante de una vieja raza que ha grabado muchas veces su nombre en los fastos de la Libertad y en los anales inéditos de la virtud y del trabajo; la hazaña de San Mateo es ingeniosa y sencilla, realizada sin alarde, en la soledad y el silencio; es ciertamente hazaña digna de un genuino bogotano. Pero ese silencio pide estruendos; la sencillez una trama de rayos, la modestia arranques soberbios, estremecimientos de volcanes.

Y POMBO permanece estático; pavor de entusiasmo lo domina, el pasmo de la admiración lo calla; su lira no tiene acentos que traspasen como la hoja de una espada, notas de vibraciones interminables, acordes que revuelvan las entrañas de la tierra y se remonten luego al infinito; queda en un silencio solemne, sagrado y trágico, como los silencios de Esquilo; pende la lira del brazo inerte a lo largo del cuerpo estremecido.

De pronto, del fondo del alma dirige a los elementos una plegaria ardiente, invoca al espíritu de los vientos y al espíritu de las aguas, y los vientos y el mar, obedeciendo al conjuro, entonan al héroe el hossana inmortal, le tributan honores fúnebres en inacabable cañoneo, le rinden un trueno de aplausos, duradero, como el mundo.

El decano peñón do reverente
Rinde su eterna salva el oceano !

Su arrebatado anhelo de idealismo, su peregrinación a través de los espacios de su pensamiento, en busca de perpetua hermosura, su sed de luz, llevan a Pombo por todos los caminos al germen de la luz, al origen de todo idealismo, al *manantial de las bellezas*.

Del Niágara dice :

.... Insigne muestra.
Del manantial de las bellezas, ara
De la perpetua admiración del hombre.

Porque el poeta idealista, el infatigable perseguidor de la hermosura que no fatiga ni sacia, es el poeta cristiano, el poeta creyente, que encuentra en todas las obras de la naturaleza la revelación del Creador a quien bendice en sus obras y en el fondo de su sér ama y adora.

Continúa Pombo :

La belleza activa, no puede fatigar ;
Hija perfecta del excelso fiat.
Esta hermosura es creación constante
Y original donde trasciende el soplo
De su Autor soberano. Algo nos dice
Que allí está Dios ; el néctar de embeleso
Y de reparación que a un tiempo mana.

En la portada de la obra monumental de Pombo podría grabarse el terceto con que abre Dante el Paraíso.

“Gloria al que todo lo mueve, al que penetra en el universo” :

La gloria di colui che tutto move
per l' universo penetra e risplende.

En alas de su fe, remonta también a la revolución original, al principio de la lucha que se libra en el corazón del hombre, entre el bien y el mal, a la culpa primera que degradó y trastornó el universo :

Hay lucha eterna entre el excelso instinto
De bondad suma, de inmortal belleza,
Y esta perdida y vil naturaleza
Que todo lo degrada criminal.

El cristiano se humilla, se postra, se somete con alegría a la voluntad de Dios, se inclina ante la unificación insondable de la justicia y la misericordia :

Todo acabó, perfectamente todo
Como el señor lo quiso. ...

Y la resignación es bálsamo, el dolor tesoro, y los sufrimientos alas para volar donde no hay dolor ni sufrimiento ; la vida, dón inestimable y apetecible, porque en ella se conquista la verdadera patria, porque el mundo es hermoso, porque Dios es bueno.

Una arbolada cumbre deslizante
Sobre algún valle agreste y silencioso,
Desde donde cantar en dueto amante
Un Dios tan bueno, un mundo tan hermoso.

Parecen escucharse los encendidos concetos del místico que entra en arrobamiento con cada una de las obras de la naturaleza, porque ve en ellas un agasajo de Dios, una prenda de su amor, la ternura extremada del Creador para la criatura.

De aquel hervor de luz está manando
El rocío del alma. Ebrio de amor
Y de delicia tiembla el firmamento,
Inunda el Creador la Creación.

Y al mirar al cielo, nos recuerda Pombo que esa es nuestra patria, que el mal pasajero puede ser bién eterno, que Dios saca la aurora de la noche y hace su néctar celestial de las hieles de la tierra, que para una lágrima fugitiva tiene una eternidad de alegrías, que el hombre es el pasajero de la vida, el eterno desterrado a quien Dios llama tendiéndole los brazos :

La soledad con Dios, sacra antesala
Preparación a la jornada eterna,
¡ Feliz quien liba tu maná escondido,
Quien el dolor en tu crisol acendra !

De ti la Imitación ; vista del mundo
Desde el observatorio de la celda,
Rica en miel de Jesús, en luz de vida,
En esencial definitiva ciencia.

Allí está EL, el que si el mal permite
Del mismo mal la Némesis subleva
Dè la noche la aurora, del más acre
Cáliz de hiel, su inacedable néctar.

.....
...Dios, Padre amante que reclama
El eterno extranjero de la tierra.

En el éxtasis lanza suspiros de mística nostalgia :

¡Cuándo estaremos todos a su lado,
Donde todo es amor, donde no hay muerte!
Y muero porque no muero....

¿Quién habla? Los Luises, los Juanes..., Santa Teresa...?
En la dilatada paz del alma, como en la tersura de un lago,
reflejó Pombo la pompa de la naturaleza, la sumisión al Creador :
el nombre de Dios está en todas sus composiciones ; todo es ar-
monía, amor, luz... nube pasajera, vela el sol, amotina las trans-
parentes ondas ; por años y años de claridades hay un minuto de
tinieblas; instante que el mismo Pombo condena, rechaza e imprue-
ba con el nombre con que al nacer lo bautiza, nombre de exe-
cración ; no la llamó hora de luz y de verdad, sino de mentira y
de tinieblas.

Obra inconclusa, parte de un todo en que había un juego
trágico de sombra y luz, y en que no aparece sino la sombra...

Y aun así pasan sobre el lago tenebroso, haces de luz,
flechas de amor encendido.

Ah! qué no puede el Señor
Nunca agotarán sus manos,
Sus océanos de océanos
De felicidad y amor;
Venid, dijo el Creador,
Que a mi banquete os convida
Mi largueza ; estremecida
Natura hirviente brotó,
El hombre nació, y nació
Llorando el mal de la vida.

Llorando el mal de la vida...

Precisamente el tema, la tesis de Calderón de la Barca, en
otras décimas inferiores a las de Pombo pero progenitoras suyas
por el argumento y por la estructura, y que sin duda quiso imi-
tar :

Apurar cielos pretendo,
Ya que me tratáis así,
¿Qué delito cometí
Contra vosotros naciendo ?
Pero si nací, ya entiendo
Qué delito he cometido,
Bastante causa ha tenido
Vuestra justicia y rigor,
Pues el delito mayor del hombre
Es haber nacido.

A las lamentaciones del clásico español podría buscarse re-
motísimo abolengo en el libro de Job. Mas no hay para qué
ir hasta Idumea al rastrear el origen, el ambiente literario
en que el reloj de la inspiración dio la *Hora de Tinieblas*. *Ti-
nieblas* precisamente había llamado ya Byron, una composición
que tradujo Martí-Miquel, y que forma parte de la titulada escue-
la satánica ; género excesivo y trágico, a veces impío, que resue-
na con suspiros fingidos y desesperación teatral ; y en que sin
embargo han caído los poetas más sinceros y mejor equilibrados.
Tennyson, Lamartine, Pombo...

—Huid, huid como del peor enemigo de vuestra gloria de
la poesía byroniana, dijo Pombo a los poetas principiantes ; y no
obstante esa poesía lo arrastra y sugestión, la *Hora de Tinieblas*
toma la forma del monólogo de Segismundo, el satanismo trági-
co de Byron y el pensamiento directo de la *Desesperación* de La-
martine.

Casualidad o imitación, encuentro allí la idea madre, que de-
sarrolló Pombo, en décimas calderonianas y que se salen del
tono moderado, sereno y sobrio de sus demás composiciones.

La primera estrofa de Lamartine encierra todo el tema de
Pombo :

Lors que du createur la parole féconde
Dans une heure fatale eut enfant le monde
De son œuvre imparfaite il detourni sa face

Fue un edén su pensamiento,
Un infierno resultó.

L'insensible neant t-a-t il demandé l'être ?

Si en la nada estaba yo

¿ Por qué salí de la nada ?

.....
Quel crime avons-nous fait pour meriter de naître ?

Ahí está el

¿ Qué delito cometi— contra vosotros naciendo ?

de Calderón,
y el

Por qué vine yo a nacer

de Pombo

que propone en su primera décima como tesis de la composición.

Aunque la *Hora de Tinieblas* se publicó tal como está, contra la voluntad de su autor, según lo manifestó él en repetidas ocasiones, de ella ha pretendido hacerse como testamento filosófico y síntesis de opiniones religiosas. No! No! Las composiciones de Pombo cantan la bondad divina; de su conjunto, poniendo en fuga la tiniebla, irradia claridad indeficiente, luz inmortal y triunfante. Pero qué vale mi voz, ante la palabra viva del autor; porque él habló, estuvo un instante aquí, señores académicos, ocupando su puesto entre vosotros; hizo solemne protesta de fe y formal repudio de la *Hora de Tinieblas*, demostrando con palabras precisas y terminantes la falsedad del error que la engendró; refutando anticipadamente, en detalle, la composición, palabra por palabra, concepto por concepto y pensamiento por pensamiento.

Contra la *Hora de Tinieblas*, como credo, se subleva no sólo la obra poética de Pombo, sino toda su sangre, toda su prosapia; ser hijodalgo y caballero español fue por muchos siglos ser cristiano español; los sentimientos de Dios y Patria se confundieron en España en un sentimiento único, el rechazo de la invasión extranjera fue la expulsión de Mahoma, las conquistas de la fe eran conquistas de territorio.

Y aunpue Pombo nunca alardeó de blasonado y linajudo y fue igualitario y demócrata sincero, llevaba por razón atávica, en el corazón y en la mente, la inspiración que arrojó la inva-

sión africana, que conquistó a Granada, descubrió la América y civilizó estos reinos, en donde, respetando la tradición de sus abuelos y realizando altos hechos de inteligencia, habría de reinar luego Pombo no por la espada sino por la pluma, como poeta cristiano, inspirado por el Dios de sus mayores.

Pudiera justificar Pombo con las gallardas expresiones de Zorrilla, la corona que el presente, anticipándose a la posteridad, puso sobre la frente de ambos poetas, por ser espejos fieles de la inspiración nacional y genuinos representantes del alma patria

Cristiano y caballero como español sin tacha,
Canté la fe y las glorias que en mi nación hallé,
Pasé del torbellino del mundo en una racha,
De mucho que di a muchos no guardo ni una hilacha,
Yo no he vendido nunca mi pluma ni mi fe.

Presintiendo la hora de perpetua luz que había de reunir-lo, donde todo es amor, donde no hay muerte, con los caballeros sin miedo y sin tacha, entona el himno del sepulcro; magnificat y miserere, síntesis de su fe y explosión de su esperanza, triste como un adiós supremo, solemne como las plegarias de os agonizantes, canto de resignación y de sometimiento, alumbrado por los últimos rayos del ocaso y los primeros resplandores de la aurora.

El soneto *De Noche, La despedida a las Musas*, son el *requiem* compuesto en vida por dos poetas para sus propios funerales; estatuas tumbales esculpidas por Moratín y Pombo, en que legaron al mármol intangible la esencia de su sér, los rasgos distintivos de su fisonomía. Son dos despedidas que tienen la sinceridad de los adioses, en que ambos poetas nos dicen su pensamiento íntimo, su última voluntad y su oración postrera.

Esta corona, adorno de mi frente,
Esta sonante lira y flautas de oro,
Y máscaras alegres que algún día
Me disteis, sacras musas, de mis manos
Trémulas recibid y el canto acabe.

.....
Tronó la tempestad: bramó iracundo
El huracán, y arrebató a los campos
Sus frutos, su matiz, la rica pompa

Destrozó de los árboles sombríos ;
 Todos huyeron, tímidas las aves
 Del blando nido, en el espanto mudas,
 No más trinos de amor. Así agitaron
 Los tardos años mi existencia....
 Breve será que ya la tumba aguarda
 Y sus mármoles abre a recibirme,
 Yo los voy a ocupar.... si no es eterno
 El rigor de los hados y reservan
 A mi patria infeliz mayor ventura,
 Dénsela pronto y mi postrer suspiro
 Será por ella.

También POMBO, al sentir que se desprende para siempre de la tierra el bajel que se lo lleva a mares insondables y oscuros, en un arranque de dolor nombra lo que fue objeto y encanto de su existencia. Arte, familia, patria, por cuya ventura rendiría al igual de Moratín el último suspiro. Y luego serenado, en medio de esa hora de tinieblas, alza la mirada y busca en el cielo la estrella de la esperanza.

..... *Las quejas el reproche*
Son ceguedad ; dichoso el que consulta
Oráculos más altos que su duelo.

Acompañado por don Arturo Malo—que rinde ferviente culto al gran poeta—y después de larga ausencia, fui a visitarlo a su retiro, a ese lecho de reclusión donde una enfermedad misteriosa iba minando lentamente su vida. En un salón, rico mueblaje, miniaturas, retratos, cuadros que recordaban el hogar disperso y traían a la mente la historia de la familia de POMBO, unida y enlazada con la historia de su patria, que representaba él como heredero de los guerreros que, cual Belalcázar, la descubrieron y la conquistaron; de los varones ilustres que le dieron civilización y enseñanza, de los próceres que la libertaron, dirigiéndola luego por los caminos de su grandeza. Patria sobre la cual refleja POMBO—continuando la obra de sus mayores—los esplendores de su gloria.

En otro aposento, contando la ausencia y la postración de su dueño, confundidos y aglomerados, en los muros, por el suelo, sobre las mesas, objetos de arte, pinturas, bosquejos, lienzos

grandes y chicos, antiguos y modernos, paisajes y figuras humanas, que revueltos en su solo olvido y en un solo naufragio, en un sola confusión de líneas, colores y actitudes, relataban la existencia de un artista, vida toda de nobleza y generosidad, consagrada únicamente al culto de lo grande, a los ritos del arte, a la religión de lo bello. Vida de cariño y de abnegación ilimitada, para sus compañeros, sus amigos, sus hermanos en el arte.

En alto, colgando del esqueleto de una corona, asomaban los colores vivos de una cinta tricolor en que parecía flotar, sobre el universal naufragio, la imagen de aquella que llamó siempre POMBO mi adorada patria. Y toda esa confusión de recuerdos, de grandezas idas, y de glorias y dichas muertas, proclamaban el adiós al mundo, la mortaja en que su dueño se había cubierto y sepultado.

En la penumbra de la alcoba, tendido, inmóvil en su lecho, destacándose sobre las blancuras de las sábanas como sobre un mármol sepulcral, semejava aquellos caballeros que, armados de todas armas, y después de pelear como buenos y como leales la batalla de la vida, esperan la resurrección sobre las tumbas góticas.

Me alargó la mano descarnada y huesosa, ligeramente trémula, de donde emanaba siempre el calor del cariño invariable, el effluvio de la amistad de POMBO, tan sincera y tan franca. Y oí resonar, como viniendo de muy lejos, aquella voz amiga, de timbre suave, que no vibró jamás en los destemplados tonos del mando, del sarcasmo o de la cólera. Se incorporó; qué flaco! qué delgado! el cuerpo de un niño! Cómo aparecía, y se acentuaba ese contraste que hubo siempre entre una armazón tan delicada y un espíritu tan poderoso y tan fuerte, entre la apariencia raquítica y la gigante realidad, entre un cuerpo débil y una alma tan grande. ¿Buscaba algo debajo del colchón, en la cabecera, entre las almohadas, una cartera, un rollo de papeles, acaso borradores? Por fin encontró, se incorporó más; con el esfuerzo un arrebol de sangre había acudido a las mejillas de cera; quería leer, pero las sombras de la tarde habían invadido el aposento, y la visera con que defendía los cansados ojos impedía a la luz vacilante alumbrar la página borrajada. Corrí al balcón, abrí de par en par los postigos; bajo un nimbo de rayos que abarcaban todo el poniente, agonizaba el sol sobre uno de los pica-

chos de la cordillera. El rodar de carruajes, la algazara del camellón, la alegría de las voces apagadas por la distancia, llegaban al aposento silencioso, como rumores tristes y lejanos.

Al volverme, en plena luz, vi en las manos tremulenta los preciosos borradores, la cabeza de Pombo que se inclinaba, se inclinaba como desfallecida sobre ellos, y encima resplandecientes, con la gloria del crepúsculo, los brazos abiertos de Jesús Crucificado.

En el tono frío de siempre, con que en vano procuraba cubrir el fuego del alma, me leyó su última composición; al terminar, respetando su fatiga y su emoción profunda, me retiré en silencio: con el soneto *De Noche*, resonó la voz de Pombo por última vez en mis oídos, era su adiós postrero:

De noche

No ya ni corazón desasosiegan
 Las inflamadas brisas de otros días....
 ¡Oh patria! ¡oh casa! ¡oh sacras musas mías!
¡Silencio! unas no son, otras me niegan.

Los gajos del pomar ya no doblegan
 Para mí sus purpúreas ambrosías;
 Y del rumor de ajenas alegrías
 Sólo ecos melancólicos me llegan.

Diós lo hizo así. Las quejas, el reproche
 Son ceguedad. Dichoso el que consulta
 Oráculos más altos que su duelo.

Es la vejez viajera de la noche;
 Y al paso que la tierra se le oculta
 Abrese amigo a su mirada el cielo.

